

Pía Taborda *

Cuarentena con desconocidos

Hace más de tres años viajó Irene desde Colombia al norte de Alemania, para trabajar como Au-Pair. Se trataba de su primer viaje transatlántico y aunque intentó descansar antes de llegar al destino los ruidos y olores ajenos se lo impidieron. Momentos antes del aterrizaje le provocó ansiedad la idea de que el Aeropuerto podría ser demasiado grande y que no lograría encontrar fácilmente a la familia Femmer. Rápidamente se distrajo mirando los pueblitos alemanes desde arriba. Todo se veía perfecto, las casitas, las callecitas y los parques. Al bajar del avión la estaba esperando la familia que la hospedaría y para la que trabajaría por el siguiente año.

Los papás, Wiebke y Lukas, eran mucho más altos de lo que Irene se había imaginado. El hijo más grande, Tommy, de 8 años, la saludó tímidamente. Mientras que Alina, la hija pequeña, le habló a Irene desde que se saludaron hasta que llegaron al nuevo hogar. Irene no entendió ni la mitad de las cosas que le decía la niña.

Irene nunca había estado en una casa así, parecía una casa de catálogo. Era de espacios grandes, paredes blancas, muebles grises o marrones y hasta tenían un jardín interno. El único espacio diferente era el dormitorio de Alina, inspirado en Frozen. Parecía un hogar perfecto, solo faltaba un perro. Para sorpresa de Irene, el cachorro no tardó en llegar. El niño lo nombró Max.

Como buenos anfitriones, los Femmer le mostraron a Irene algunos de los puntos más emblemáticos de la ciudad. A pesar del gris que cubre la ciudad, Hamburgo le pareció muy bello. Su única decepción sucedió al visitar la Elbphilharmonie, uno de los *highlights* de la ciudad según Wiebke. Irene disimuló la desilusión con una sonrisa y fingió el entusiasmo. Estaba recién llegada y no quería caer mal a sus empleadores. En una de esas primeras salidas con los Femmer, que no se repetirían mucho más, Irene se dio cuenta que no tenía la ropa adecuada para el clima. Había llevado una chaqueta pero no apta para el frío y sobre todo no apta para las lluvias interminables de la ciudad. Lo mismo con las zapatillas: la pobre vivía con los pies fríos y mojados. Pero estaba dónde quería estar. Había pasado ya lo más difícil, cursos de alemán, entrevistas, papeleo, visitas a la embajada, despedidas en su ciudad natal. Ahora debía adaptarse y seguir aprendiendo el idioma. Lo que por supuesto ni Irene ni nadie sabía era que se aproximaba el Coronavirus y con él, el encierro.

Con las primeras medidas ejecutadas por el Estado Alemán para evitar la propagación del virus, la vida cotidiana en la casa de los Femmer se tornó cada vez más áspera. Wiebke era doctora, así que siguió trabajando todos los días en la Praxis. Por el contrario, Lukas era ingeniero y debía permanecer en la casa, haciendo Home-office. Los niños ya no podían ir a la escuela, así que también permanecían allí todo el día. A Irene le cambiaron el curso de alemán de presencial a Online.

Un mediodía mientras almorzaba Irene, Lukas y los niños, se informaba en un canal televisivo alemán sobre los efectos de las negociaciones del Acuerdo de Paz en Colombia. Al terminar el segmento, Lukas le dijo a Irene, en tono de chiste: ¿No será que tienes un cargamento de cocaína en mi sótano? Ella le respondió: Sí, baja, allí está. Con los días Lukas le pedía a Irene que realizara más tareas de las establecidas en el contrato. Desde doblar la ropa de todos, hasta pasear o alimentar al perro. Cuando Irene se percató que cada vez le exigían más, intentó poner límites. Le paralizaba el hecho de tener que enfrentarse a su jefe, con quien vivía, y de quien dependía su estancia en Alemania. Antes de hablar con él, elaboraba su discurso en alemán, para no cometer errores. Ella le preguntaba por qué debía hacer nuevas tareas y si eso significaba que no debía hacer otras. Lukas simplemente no le respondía en palabras, le hacía gestos de enfado o insatisfacción.

Semanas después la situación fue a peor. El desgano de Irene se empezaba a notar cada vez más y ya no sabía cómo entretener a los niños. El hecho de no poder salir al aire libre porque llovía y hacía frío, complicaba las cosas.

Después del almuerzo era la hora de Irene de cuidar de los niños. Una tarde Tommy propuso mirar una película. Como antes de ver películas debían pedir permiso a sus papás, Irene le escribió a Wiebke, que los autorizó con la condición de que primero debían ordenar sus dormitorios.

Alina hizo la tarea según lo acordado pero Tommy solo escondió algunos juguetes debajo de la cama y dejó las ollas y cucharas, que había usado un rato antes, sobre su escritorio. Irene le pidió que ordenara bien, como establecía el trato. Tommy se resistió, dijo que volvería a jugar con esas cosas más tarde. Irene fue a plantearle la situación a Lukas. Él estaba en una reunión online y le pidió que no lo molestara cuando estaba trabajando. Debía solucionar ella el problema con los niños. Irene entonces subió al dormitorio y le dijo a Tommy, que el trato seguía siendo el mismo. Allí comenzó una discusión y el niño se mantuvo firme en su postura. Irene nunca pensó que algo tan pequeño podía hacerse tan grande. Tommy le dejó de hablar por casi tres meses. No la saludaba, incluso evitaba mirarla a la cara cuando compartían actividades, ya fuera durante los almuerzos o cuando Irene iba a buscarlo a la escuela. Los padres no hicieron mucho para cambiar la situación. Consideraban que el niño también podía sostener una postura y había que darle tiempo para reconsiderarla. Para Irene ese tiempo estuvo atravesado por el dolor y la tristeza, el niño la negaba. Era descabellado seguir en la casa si, el niño no la quería ahí.

Irene comenzó a imaginar diferentes planes para terminar su estancia con la familia. Un plan sería volver a Colombia, aunque sería un fracaso. Otro plan era presentarse a estudiar un Máster en Alemania. De hecho, éste era su objetivo a largo plazo, pero todavía su nivel de alemán no era tan avanzado. Igual, perdido por perdido, se postuló y esperó.

Para Irene el tiempo en la casa transcurría en cámara lenta. Una mañana mientras miraba llover desde la ventana, escuchó que le golpeaban la puerta. Por el sonido de

los golpecitos, sabía que era Alina la que quería entrar al dormitorio. No llovía, Irene pensó que podrían ir al bosque. Los bosques eran lo que más disfrutaba de Hamburgo. Cuando la dejaban ir solo con la niña, jugaban a las exploradoras, a buscar tesoros. La puerta volvió a sonar, Irene miró el celular, eran las 08:20 am del sábado. Volvió a cerrar los ojos. Intentó trasladarse a la casa de su padre en el campo colombiano, a los perros de verdad, llenos de tierra, que no necesitan tantos cuidados, ni ir al veterinario y que, sin embargo, viven mil años.

-Irene, ¿estás despierta?

Irene no contestó, esperó que la niña se fuera. Después, miró Instagram y Twitter, todo menos WhatsApp. Los padres de los niños podrían ver que ella estaba conectada y tal vez la irían a despertar para desayunar. Aunque le sonaban las tripas, Irene permaneció en la cama, se resistía a empezar la jornada. Recordó que tenía una barra de chocolate en la mesa del escritorio, se comió la mitad, siguió mirando el celular.

Semanas después llegó su cumpleaños número 25. Para festejar se reunió con los compañeros del curso de alemán a tomar alcohol en una plaza del Reeperbahn. En esta zona de la ciudad se palpita el alma rota de los marineros. Es la zona roja, el barrio del pecado. Allá van los alemanes de otras partes del país, a llevar a cabo lo que no es bien visto en sus pueblos.

Luego de tomar varios tragos los estudiantes se despidieron de la plaza para ir a una disco latina, a gusto de la cumpleañera. Antes de entrar, el hombre que se encargaba de la seguridad del lugar aclaró las reglas. Debían elegir una de las mesas libres y quedarse allí toda la noche. Podían bailar siempre y cuando se mantuvieran en ese espacio limitado. Por supuesto, tenían permitido salir para comprar bebidas en la barra e ir al baño. Con el correr de la noche y del aguardiente, los límites se desbarrancaron. Aparecieron también los tequilas y las historias de amor.

A eso de las cuatro de la madrugada llegó la hora del retorno. Irene se negó a finalizar su cumpleaños en la casa de los Femmer así que se fue a dormir a lo de Vania, estudiante del curso alemán, la mejor compañía en tierras hanseáticas.

El camino en el tren era largo. En un momento Vania le preguntó a Irene si había tenido novedades de sus postulaciones. Irene le contestó que no. Era extraño, ya que por las fechas estipuladas, tendría que haber recibido un sí o un no. A Vania le pareció que la respuesta podría estar en Spam. Así era. Esa madrugada, Irene, recibió el mejor regalo de cumpleaños. Había sido aceptada para estudiar en la Universidad de München, así que no viviría más con los Femmer. A los gritos en el tren, siguieron festejando, brindaron con lo que quedaba de agua ardiente y fueron imaginándose el futuro de Irene en el sur.

* 1990, Uruguay. Vivió la pandemia en Hamburgo.